

LOS CONCIERTOS DE CLAUDIO ARRAU EN EL COLÓN

Con unos llenos que Buenos Aires reserva solamente para los divos, se está desarrollando en la sala máxima el ciclo de conciertos del eminente pianista Claudio Arrau.

Artista de elección y de selección, este Claudio Arrau, merece sin reservas los desbordantes sufragios que el público justicieramente le otorga y merece también, ese clima de simpatía y de cordialidad que vibra en su sala, como expresión inequívoca a su talento, a su voluntad y a su promisoro y ya bien definida juventud.

Artista del sonido y dominador de una técnica, sencillamente, insólita por lo perfecta, Claudio Arrau coordina, en su convincente personalidad, las facetas más opuestas del intérprete a la unidad más determinada del pianista.

De una personalidad exquisita en el gusto, Arrau sabe imprimir a sus interpretaciones un sello de una rara y distinguida personalidad que lo colocan en un lugar de excepción y hace presentir su posición de sin rival en un futuro no muy lejano. Su ingénita facilidad técnica, su sorprendente agilidad, su nitidez en todos los tipos de dificultades, su posibilidad espontánea y certera en los más diversos matices, lo señalan, hoy por hoy, como único entre los artistas del teclado: su voluntad de perfeccionamiento, su evidente afán de conseguir la identificación con la obra interpretada, su conciencia de artista que aparece disciplinada y vigilante en todos los detalles de su ejecución, lo sitúan entre los artistas más serios y más intrínsecamente dedicados a su difícil y extraordinaria misión. Por todo ello es que Arrau se ha ido imponiendo lenta y firmemente a través de los años, sin aquella falsa reverberación de los meteoros, pero con la lenta infalibilidad de la estrella, como para demostrar el lento y paciente proceder del arte en sus etapas de ascensión y de belleza. La máxima griega que aseguraba que “todo lo bello es siempre difícil” y la otra de Eurípides que señala que “todo lo bello es siempre conciente” se hacen realidad en el arte cumplido de Claudio Arrau que debe servir para los aspirantes al triunfo de ejemplo y de guía. Auténtico artista, al cual no han retardado en su senda, ni los espejismos de los elogios fáciles, ni el engaño de las falsas propagandas, pero que sigue, hoy como ayer, en el infatigable signo de la búsqueda y del estudio, que es el único signo del artista predestinado.

No en otra forma lo ha entendido el público, al prodigarle su aplauso unánime y su asistencia sin claros. Y es porque en Claudio Arrau ya se ha manifestado el divo en la pura y artística expresión del vocablo. Virtud ésta que aparece cuando el intérprete sabe hacer que la materia del arte se transfigure en directa y viva esencia de emoción vivible. Para ello, Arrau ha vencido ya todos los términos de la técnica y lo que en otros es esfuerzos, estudio, dificultad, en él es goce, don y prodigio. Muchas de sus versiones serán inolvidables. Mozart ha tenido en él un cultor de una finura fónica sin par, sus cantables, sus “pianissimi”, su forma de cadenciarlo al gusto del setecientos sin conceder por ello nada a lo teatral ni a lo artificioso es una revelación, de una delicia y de un sentimiento inefables.

Su Beethoven, no aún identificado al Beethoven de la tradición, adquiere una sencillez técnica asombrosa, y tanto, que en las manos de Arrau, Beethoven ya no parece tan difícil. Su Liszt es simplemente genial; su Debussy, sin entrar en las evanescencias del gusto francés, es de una limpidez diamantina y todo, en fin, lo moderno y lo clásico, halla en Arrau un transfigurador y un superador del piano y del pianismo. Por eso sus conciertos quedarán como la máxima expresión de una fiesta sonora y de un incomparable triunfo de la técnica.

Juan Francisco Giacobbe ¹

¹ Artículo publicado en el diario “Il mattino d’Italia”, Buenos Aires, se presume 1944. (N.d.R.)

GLI ITALIA

LOS CONCIERTOS DE CLAUDIO ARRAU EN EL COLON

Con unos locales que Buenos Aires reserva solamente para los divos, se está desarrollando en la sala máxima el ciclo de conciertos del eminente pianista Claudio Arrau.

Artista de elección y de selección, este Claudio Arrau, merece sin reservas los desbordantes suffragios que el público justicieramente le otorga y merece también, ese clima de simpatía y de cordialidad que vibra en su sala, como expresión inequívoca a su talento, a su voluntad y a su promisoro y ya bien definida juventud.

Artista del sonido y dominador de una técnica, sencillamente, insoñada por lo perfecta, Claudio Arrau, coordina, en su convincente personalidad, las facetas más opuestas del intérprete a la unidad más determinada del pianista.

De una personalidad exquisita en el gusto, Arrau, sabe imprimir a sus interpretaciones un sello de una rara y distinguida personalidad que lo colocan en un lugar de excepción y hace presentir su posición de sin rival en un futuro no muy lejano. Su innata facilidad técnica, su sorprendente agilidad, su nitidez en todos los tipos de dificultades, su posibilidad espontánea y certera en los más diversos matices, lo señalan, hoy por hoy, como único entre los artistas del teclado: su voluntad de perfeccionamiento, su evidente afán de conseguir la identificación con la obra interpretada, su conciencia de artista que aparece disciplinada y vigilante en todos los detalles de su ejecu-

ción, lo sitúan entre los artistas más serios y más intrínsecamente dedicados a su difícil y extraordinaria misión. Pero todo ello es que Arrau se ha ido imponiendo lenta y firmemente a través de los años, sin aquella falsa reverberación de los meteoros, pero con la lenta infalibilidad de la estrella, como para demostrar el lento y paciente proceder del arte en sus etapas de ascensión y de belleza. La máxima griega que aseguraba que "todo lo bello es siempre difícil" y la otra de Eurípides que señala que "todo lo bello debe ser siempre consciente" se hacen realidad en el arte cumplido de Claudio Arrau, que debe servir para los aspirantes al triunfo de ejemplo y de guía. Auténtico artista, al cual no han retardado en su senda, ni los espejismos de los elogios fáciles, ni el engaño de las falsas propagandas, pero que sigue, hoy como ayer, en el infatigable signo de la búsqueda y del estudio, que es el único signo del artista predestinado.

No en otra forma lo ha entendido el público, al prodigarle su aplauso unánime y su asistencia sin claros. Y es porque en Claudio Arrau ya se ha manifestado el divo en la pura y artística expresión del vocablo. Virtud ésta que aparece cuando el intérprete sabe hacer que la materia del arte se transfigure en directa y viva esencia de emoción vivible. Para ello, Arrau ha vencido ya todos los términos de la técnica y lo que en otros es esfuerzos, estudio, dificultad, en él, es goce, don y prodigio. Muchas de sus versiones serán inolvidables. Mozart ha tenido en él un cultor de una finura fónica sin par sus cantables, sus "pianissimi", su forma de cadenciarlo al gusto del setecientos sin considerarse por ello nada a lo teatral ni a lo artificioso es una revelación, de una delicia y un sentimiento inefables.

Su Beethoven, no aun identificado al Beethoven de la tradición, adquiere una sencillez técnica asombrosa, y tanto, que en las manos de Arrau, Beethoven ya no parece tan difícil. Su Liszt es simplemente genial; su Debussy, sin entrar en las evanescencia del gusto francés, es de una limpidez diamantina y todo, en fin, lo moderno y lo clásico, halla en Arrau un transfigurador y un superador del piano y del pianismo. Por eso sus conciertos quedarán como la máxima expresión de una fiesta sonora y de un incomparable triunfo de la técnica.

JUAN F. GIACOBBE